



tres días sobre el mar Rojo. Después observa que, según los sacerdotes de Memphis, Moisés, que conocía bien esta comarca, se aprovechó de una marea baja para que todo su pueblo atravesase el mar en seco. Los de Heliópolis, al contrario, que, según Herodoto, eran los más instruidos y los más sábios de Egipto, cuentan el hecho de diferente manera. Según estos, persiguiendo el rey á los judíos con un poderoso ejército, á causa de las riquezas que llevaban, Moisés, según una voz divina que él oyó, hirió con su vara el mar, que se dividió y les dejó pasar á pié seco. Pero habiendo entrado los egipcios en su persecucion, brillaron fuegos delante de ellos, y la mar volvió á inundar el camino; de suerte que perecieron todos por el fuego y por el agua, mientras que los judíos escaparon del peligro (1).

Los egipcios confesaban así el hecho. Solamente los de Memphis trataban de explicarle por causas extraordinarias. No eran los más hábiles, y su explicacion lo demuestra bastante. En efecto: ¿á qué hacer creer que Moisés sólo conocía el flujo y reflujo del mar Rojo, y que Faraón y sus ministros lo ignorasen? ¿A qué hacer creer que Moisés encontró una marea baja para hacer pasar más de tres millones de hombres con inmensos ganados, y que después no se encuentra para hacer pasar por allí una pequeña caravana, y los mercaderes árabes tengan siempre que hacer un rodeo por causa del mar?

Algo parecido en cuanto á la sustancia se distingue en los fragmentos del egipcio Manethon. Este era un sacerdote de Heliópolis, historiógrafo de Ptolomeo Filadelfo, bajo el cual fueron traducidos al griego, en el siglo tercero antes de nuestra era. Había hecho, entre otras, en griego, una historia universal del Egipto, sacada de los archivos sagrados, de los cuales estaba encargado. Habíase aprovechado también, dice, de las columnas que estaban en la tierra seriádica, sobre las cuales Thoth, el primer Hermés, había grabado en lengua y caracteres hieroglíficos, las memorias que, después del diluvio fueron traducidas al griego en caracté-

(1) Euseb., *prap.*, lib. IX, c. XXVII.

res jeroglíficos, y puestos en un libro por Agathodæmon, hijo del segundo Hermés y padre de Tat, en los santuarios de los templos de Egipto (1).

No se sabe en dónde se encuentra la tierra seriádica. Hay algunos que creen que podía ser esta la Siria-Judea. Las columnas antiluvianas de Thot no se parecen á las columnas de Set, sobre las cuales los judíos cuentan que estaban grabados los principios de los conocimientos humanos, y una de las cuales, al decir de Josefo, subsistía todavía en su tiempo en Siria (2). Según los descubrimientos jeroglíficos, Thoth, el primer Hermés, el Hermés Trismegisto ó tres veces grande, será la inteligencia personificada de Dios Supremo, que la llama alma de mi alma, inteligencia sagrada de mi inteligencia (3); el segundo Hermés será el mismo, hecho hombre. Las memorias de Manethon, como se ve, venían de un poco lejos. ¿Serían en el fondo los libros de Moisés, traducidos entonces al griego? ¿Moisés mismo sería este Hermés encarnado, intérprete divino del Hermés tres veces grande? ¿Quién lo sabe? Lo que hay de cierto, es que en la dedicatoria de su historia á Ptolomeo Filadelfo, Manethon llamaba á este rey macedonio del Egipto, un descendiente del Hermés Trismegisto (4). Esta adulacion nos hace ver de qué eran capaces los sábios egipcios para adular á su país ó sus señores.

Pero vengamos al fragmento de Manethon, conservado por Josefo. Habla allí de hombres atacados por la lepra y de otras enfermedades, bajo el reinado de Amenofis. Este rey les empleó, en número de ochenta mil, en tallar piedras. Un sacerdote, llamado también Amenofis, que le había aconsejado limpiar el Egipto de estos leprosos, le declara en seguida que los dioses toman la defensa. Por los lamentos de estos infortunados, el rey les concede la ciudad de Abaris, habitada otras veces por pastores. Encontrando el lugar muy á propósito para favorecer su rebelion, se eligen por jefe á un sacer-

(1) Syncel., *Cronograf.*, p. 40.

(2) *Antiq.*, lib. I, c. IV.

(3) Champollion, *Panteon egipcio*: Thoth Trismegisto, *Apud. Stob.*, lib. I, c. XLII.

(4) Syncel., p. 40.



dote de Heliópolis, llamado Osarsif, al cual prestan juramento de obedecer en todo. Este les da por primera ley el no adorar á los dioses de los egipcios, comer sin dificultad de todos los animales reputados sagrados, y no aliarse más que con los que tenían los mismos sentimientos; después envió embajadores á Jerusalem, hácia los pastores que el rey Themoses había expulsado, para exhortarles á unirse á ellos. Estos vienen con doscientos mil hombres. El rey, acordándose de la prediccion del sacerdote Amenofis, hace conducir á otra parte á los animales sagrados, manda á los sacerdotes ocultar las imágenes de los dioses, pone en mano de uno de sus amigos á su hijo Selthón, de edad de cinco años, llamado por otro nombre Ramessés, del nombre de su abuelo; en seguida marcha contra el enemigo con un ejército de trescientos mil egipcios de los más valerosos; le espera sin librar batalla; pero persuadido de que era hacer la guerra á la divinidad, se volvió á Memphis, de donde se salvó al punto en la Etiopía, abandonando el Egipto á los estragos de los pastores de Jerusalem. Manethon añade, que el sacerdote Osarsif tomó el nombre de Moisés, y que dió leyes y un gobierno á los que le seguían (1).

Hé aquí un curioso fragmento. No hay que olvidarse de que Manethon era egipcio, que escribía para su rey griego de Egipto, en la lengua de los griegos, doce siglos después del suceso, ó el tercer siglo antes de nuestra era; y se extrañará poco que confunda los tiempos y trueque los hechos. Su confusion es fácil de concebir. Era necesario, si no ocultar, al menos atenuar la deshonra y los desastres antiguos de su patria á los ojos de sus nuevos dueños; pero, haga lo que haga, la verdad se abre paso á través de la oscuridad; siempre es Moisés el que es el jefe del nuevo pueblo. Como era egipcio por adopcion, y había sido instruido en todas las ciencias del Egipto entre los más sábios sacerdotes; que aun podían haberle admitido en su orden, no es del todo extraño que Manethon le haga un sacerdote de Heliópolis. En cuanto á la masa de la poblacion emigrante, está compuesta de pastores de Jerusalem, ó de

(1) Josefo, *Cont. Apion.*, lib. I.

los hebreos, y de una multitud de egipcios; esto es lo que ya hemos notado según la Escritura. Manethon, es verdad, supone á estos pastores establecidos ya en Jerusalem; es que en su tiempo estaban allí después de más de once siglos. Un pequeño anacronismo en una tan grande antigüedad, no es nada. Quizá hay también para este error un fundamento histórico. La Escritura nos dice que ya antes de la salida de Egipto, la tribu de Efraim había hecho una irrupcion al país de los filisteos, é intentado apoderarse de la ciudad de Geth. Y una antigua parafrasis rabbinica de la Biblia da á esta expedicion justamente el mismo número que Manethon á sus pastores de Jerusalem, á saber: doscientos mil hombres (1). Sea lo que quiera de estos detalles, todo lo principal se encuentra en la narracion de Manethon: una inmensa poblacion que condena la idolatria del Egipto, y que sin embargo protege la divinidad; esta poblacion oprimida bajo la más injusta de las servidumbres; sus lamentos en medio de los trabajos que la agobian; la prediccion cierta de la venganza divina; el rey concediéndola al fin la libertad; este mismo rey persiguiéndola con su ejército escogido; esta persecucion entrañando para el Egipto mayores desgracias todavía, porque era una guerra contra Dios. En una palabra, el fragmento de Manethon no parece más que un comentario de esta palabra de los egipcios: «Huyamos ante Israel, porque el Señor combate por ellos contra nosotros (2).»

Todo conduce, pues, á creer que este Amenofis, tercero de su nombre, es este monarca orgulloso é impío que pretendió desde luego desconocer al Señor, á quien al punto declararon sus adivinos, cuando dijeron *el dedo de Dios está aquí*, que las más terribles plagas obligaron á dejar salir á los hebreos, que en fin vió á su ejército sepultado en el mar Rojo. Lo que confirma esta opinion, es que la época de su reinado coincide con la salida de Israel. Según la cronología egipcia establecida por un sabio de nuestros días (3), por medio de los monu-

(1) Paralip., 7, 21. *Targum de Rabbi Jonathan*, *Ben Uziel*, Exodo, 13, vers. 17.

(2) Exodo, 14, 25.

(3) Champollion-Figeac.



mentos jeroglíficos y de las listas de Manethon, este Faraon Amenofis III, décimosétimo y último rey de la décimoctava dinastía, hijo y sucesor de Ramsés-Meamun, reinó diez y nueve años y seis meses, desde 1493 á 1473 antes de la era cristiana. Pues bien: hácia este tiempo, ó sea en 1491, es donde se coloca comunmente la salida de Egipto (1).

En tal caso se presenta una dificultad. Este Faraon sobrevivió diez y siete años al desastre del mar Rojo, en donde se dice, sin embargo, que pereció con todo su ejército. Se dice comunmente, observa el docto eclesiástico que citamos, ó más bien se supone; pero Moisés no lo dice. Nos enseña, es verdad, que el Faraon unció su carro y tomó consigo todo el pueblo (2); que los egipcios entraron detrás de los israelitas en el mar Rojo, á saber: toda la caballería de Faraon, sus carros y gente de á caballo; que en fin, habiendo vuelto las aguas, cubrieron los carros y la caballería de todo el ejército de Faraon, que habian entrado en el mar en su seguimiento (3). Segun estas palabras, traducidas literalmente del hebreo, no pereció todo el ejército de Faraon, sino los carros y los soldados de caballería de todo el ejército; de otra manera, los caballos de Faraon ó su caballería; lo que induce á creer que la infantería, si la habia, como asegura Josefo, no pereció.

Hay más: estas últimas palabras de Moisés: «Y las aguas cubrieron los carros y la caballería de todo el ejército de Faraon que habian entrado en el mar; ni uno solo se escapó (4),» permiten creer que no entró absolutamente toda; de lo contrario, estas palabras, que habian entrado en la mar, parecerian inútiles. Seria superfluo observar que estas otras, ninguno de ellos se escapó, se entiende de los que habian entrado en la mar. Lo que es más digno de notar es, que ni en su narracion, ni en su divino cántico, ni en un sinnúmero de circunstancias que recuerdan á los israelitas estos grandes sucesos, Moisés no dice que Faraon fué absorbido

(1) *Ensayo sobre el sistema jeroglífico*, por el abate Greppo, pág. 142.

(2) Exodo, 14, 6-8.

(3) *Ibid.*, vers. 23.

(4) *Ibid.*, vers. 28.

con su ejército; en ninguna parte se hace alusion á este rey opresor; cosa sin embargo muy propia para realzar la gloria de Dios y la confianza de su pueblo (1).

Hay, pues, un perfecto acuerdo sobre este punto entre Moisés y los autores que hemos citado, y que hacen sobrevivir á Faraon al desastre del mar Rojo.

Los dos escritores judíos, Josefo y Filon, hablando detalladamente de la sumersion del ejército de Faraon, no nombran al rey. Josefo no contradice la vuelta de Faraon á Memphis. El poeta Ezequiel, en su drama sobre la salida de Egipto, dice que el mar Rojo absorbió al ejército de los egipcios (2). Los rabbinos dicen que Dios libró á Faraon de la muerte, que no murió, y que fué á Nínive, donde reinó é hizo penitencia.

A parte de lo que tiene de fabulosa esta opinion, prueba á lo ménos que aun entre los judíos se habia llegado á creer que este rey no pereció con su ejército. El libro de la Sabiduría, que habla más ámpliamente de las plagas de Egipto, contando el paso del mar Rojo, no hace mencion alguna ni de Faraon ni de su muerte trágica. Se limita á decir que la sabiduría precipitó en el mar á los enemigos de Israel. En todo caso, se podrá siempre decir, en un sentido figurado, que Faraon mismo fué sacudido, abatido, aniquilado con su ejército (3).

Estas observaciones nos conducen á otra dificultad referente al absoluto silencio que guardan los libros santos sobre el monarca más renombrado del Egipto, el famoso Sesostris. Segun Herodoto, Diodoro y los demás historiadores, este conquistador, en su expedicion al Asia, debía haber seguido el mar Rojo; habia sometido la Fenicia, habia debido atravesar la Palestina, ó aliado, ó vencedor. ¿Cómo entonces la historia de los hebreos no hace de él mencion alguna?

Se ha supuesto durante algun tiempo, que era este el Sesac del libro de los Reyes y de los Paralipómenos, que tomó á Jerusalem bajo Ro-

(1) El abate Greppo, *Ensayo sobre el sistema jeroglífico*.

(2) *Euseb., præp.*, lib. IX, c. XXIX, p. 445.

(3) Ps. 134, 15.



boan; pero hoy se tiene como indudable que Sesac es Sesonchis, jefe de la vigésimasegunda dinastía, que subió al trono de los Faraones el año 791 antes de Jesucristo, es decir, el año mismo en que se coloca comunmente la toma de Jerusalem por Sesac.

Un reciente descubrimiento hecho sobre el suelo mismo del Egipto, por el mismo sábio que ha descubierto el secreto de los jeroglíficos, no deja sobre este punto la menor duda. Hablando del palacio de Karnac en la Tebaida, dice en estos términos: «En este maravilloso palacio he contemplado á *Sesonchis*, arrastrando á los piés de la trinidad tebana, Ammon, Mouth y Kons, á los jefes de más de treinta naciones vencidas, entre las cuales encontré, como debia ser, y en todas sus letras, á IOUDA-HAMALEK, *el reino de los judios ó de Judá*.» Esto es un comentario que debe unirse al capítulo XIV del primer libro de los Reyes, que cuenta, en efecto, la llegada de *Sesonchis* á Jerusalem; así pues, la identidad que hemos establecido entre el *Scheschonk* egipcio, el *Sesonchis* de Manethon y el Sesac ó *Scheschok* de la Biblia, está confirmada de la manera más satisfactoria (1).

En cuanto á Sesostris, es hoy igualmente cierto que este es el hijo de Amenofis, que en los fragmentos de Manethon conservados por Josefo es llamado Sethos, Sethon y Ramessés, y que no tenia más que cinco años cuando, bajo el reinado de su padre, Moisés condujo á los hebreos fuera de Egipto. Su nombre real, *Ramsés*, y sus restantes títulos y prenombrados que le distinguen, se leen más frecuentemente que los de ningun otro Faraon. Se les encuentra sobre un gran número de construcciones de todo género, en la Nubia, en Tebas, en Abydos, sobre muchos obeliscos en Luqsor y en Roma, sobre el de Paris, sobre estatuas colosales transportadas á Roma y á Londres, y sobre una infinidad de monumentos de especies variadas. Existe aún en Siria una inscripcion bilingüe, en jeroglíficos y en caracteres cuneiformes ó persepopolitanos, y este monumento curioso es

(1) Véase la sétima de las cartas escritas por M. Champollion el joven durante su viaje á Egipto, p. 35; Greppo, p. 171.

un testimonio elocuente de las expediciones guerreras de este príncipe conquistador, el sexto de su nombre, jefe de la décimanovena dinastía.

Acaban de descubrirse monumentos más curiosos todavía respecto de este monarca: el uno, es su tumba; el otro, es uno de los más celebres edificios que los diversos siglos han admirado en la más antigua ciudad real del Egipto, en Tebas.

Desde luego, no lejos de las ruinas de esta ciudad, hay un valle árido, encajonado por tres altas rocas cortadas á pico, ó por montañas en plena descomposicion, ofreciendo casi todas largas hendiduras, y cuyas cimas están sembradas de bandas negras.

Ningun animal viviente frecuenta este valle de muerte. Los árabes le llaman *Biban-el-Moulouk*, viciada traduccion del antiguo nombre egipcio *Bi-an-Ourbou*, tumba de los reyes. Allí, al pié de las montañas, ó sobre las cuevas, se ven puertas cuadradas, al presente embarazadas la mayor parte: es la entrada á las tumbas de los reyes; cada tumba tiene la suya. Estas tumbas son palacios fúnebres escavados en la roca de la montaña; en conjunto, forman una ciudad sepulcral, en donde confusamente yacen dinastías enteras. Subsisten todavía diez y seis, que conservan los sepulcros y los nombres de los reyes para los cuales han sido ahondadas. Estos son los reyes de las décimoctava, décimanovena y vigésima dinastías tebanas, las cuales, segun el cálculo que parece hoy ser cierto, reinaron de 1791 á 1087 antes de Jesucristo, es decir, desde los tiempos de Isaac hasta los de Samuel.

Después de haber pasado bajo una puerta bastante sencilla, se entra en las grandes galerías ó corredores, cubiertos de esculturas perfectamente corregidas, conservando en gran parte el brillo de los más vivos colores, y conduciendo sucesivamente á las salas sostenidas por pilares todavía más ricos en decoraciones, hasta que por último, se llega á la sala principal, la que los egipcios llamaban la *sala dorada*, más vasta que todas las demás, y en medio de la cual reposaba la mómia del rey en su enorme sarcófago de granito. El fondo de todas las



representaciones emblemáticas es el curso del sol en los dos hemisferios. El sentido se refiere en general al rey difunto. Durante su vida, semejante al sol en su carrera de Oriente á Occidente, el rey debía ser el vivificador, el iluminador del Egipto, y la fuente de todos los bienes físicos y morales necesarios á sus habitantes. El Faraon muerto fué todavía naturalmente comparado al sol ocultándose y descendiendo hácia el tenebroso hemisferio inferior, que debe recorrer para renacer de nuevo al Oriente y dar la luz y la vida al mundo superior (el que nosotros habitamos), de la misma manera que el rey difunto debe renacer tambien, ya para continuar sus transmigraciones, ya para habitar el mundo celeste y ser absorbido en el seno de Ammon, el padre universal.

Este curso del sol figura tambien el doble destino de las almas. A la tercera hora del dia, este astro llega á una zona, en donde un dios-juez, armado de una balanza, decide su suerte. Se ve una que acaba de ser condenada; es enviada sobre la tierra, con grandes golpes de varas, para hacer allí penitencia. El culpable existe bajo la forma de una puerca, encima de la cual se ha grabado en grandes caracteres *gula ó glotoneria*, sin duda el pecado capital del delincuente. A la quinta hora, visita los Campos Eliseos de la mitología egipcia, habitados por las almas dichosas descansando de las penas de sus transmigraciones sobre la tierra; ellas llevan sobre su cabeza la pluma de avestruz, emblema de su conducta justa y virtuosa. Se las ve presentar ofrendas á los dioses, ó bien, bajo la inspeccion del *Señor de la alegría del corazon*, cogen los frutos de los árboles celestes de este paraíso. Más lejos, otras tienen en su mano falces; estas son las almas que cultivan los campos de la verdad. En otra parte se las ve bañarse, nadar, saltar y jugar en un gran estanque lleno de agua celeste y primordial. Al lado de sus representaciones se lee: «Han encontrado gracia en los ojos del Dios grande; habitan las moradas de la gloria, aquellas en donde se vive la vida celeste; los cuerpos que han abandonado reposarán siempre en sus tumbas, mientras que ellas gozarán de la presencia del Dios supremo.»

Sobre la parte opuesta de la tumba, el sol, pintado en negro, recorre 75 círculos ó zonas de tinieblas, á las cuales presiden otros tantos personajes divinos de todas formas, y armados de cuchillas. Estos círculos están habitados por *almas culpables* que sufren diversos suplicios. Estos espíritus impuros y perseverantes en el crimen, están casi siempre figurados bajo la forma humana, algunas veces tambien bajo la forma simbólica de la *grulla* ó la del *gavilán con cabeza humana*, enteramente pintado de negro, para indicar á la vez su naturaleza perversa y su estancia en el abismo de las tinieblas. Las unas están fuertemente atadas á los postes, y los guardias de la zona, blandiendo sus cuchillas, les echan en cara los crímenes que han cometido sobre la tierra; otras están suspendidas con la cabeza abajo; estas, las ménos, atadas, marchan en largas filas sobre el pecho y con la cabeza cortada; algunas, las más, encadenadas por la espalda, arrastran sobre la tierra su corazon salido de su pecho. En grandes calderas se hace hervir á almas vivas, ya bajo la forma humana, ya bajo la de ave, ó solamente sus cabezas y sus corazones. Se han notado tambien almas arrojadas en la caldera, con el emblema de felicidad y reposo celestes (el abanico), á las cuales habian perdido ellas todos sus derechos. En cada zona, y cerca de los suplicios, se lee siempre su condenacion y la pena que sufren. «Estas almas enemigas, dice allí, no ven á nuestro Dios cuando lanza los rayos de su disco; no habitan ya en el mundo terrestre, y no oyen la voz del Dios grande cuando atraviesa sus zonas.»

La sala que precede á la del sarcófago, en general consagrada á los cuatro genios del amantí (el infierno), contiene en las tumbas más completas la comparecencia del rey ante el tribunal de cuarenta y dos jefes divinos, que deben decidir de la suerte de su alma; el tribunal del cual no fué más que una simple imágen el que sobre la tierra concedía ó rehusaba los honores de la sepultura. Una pared entera de esta sala, en la tumba de Rhamsés V, ofrece las imágenes de estos cuarenta y dos asesores de Osiris, mezclados con las justificaciones que el rey ha tenido que presentar ó hacer presentar en su nom-



bre á sus jueces severos, los cuales parece que están encargados cada uno de hacer la indagatoria de un crimen ó pecado particular, y de castigarle en el alma sometida á su jurisdiccion. Este gran texto, dividido por consiguiente en cuarenta y dos versículos ó columnas, no es, propiamente hablando, más que una confesion negativa, como se puede juzgar por las que siguen: «¡Oh Dios! el rey, sol moderador de justicia, aprobado por Ammon, no ha cometido maldades, no ha blasfemado, no se ha embriagado, no ha sido perezoso, no ha dicho mentiras, no se ha manchado con impurezas, etc.» Se veia, en fin, al lado de este texto curioso, en la tumba de Rhamsés-Meiamoun, imágenes más curiosas todavia: las de los pecados capitales. No quedan más que tres bien visibles: estas son la *lujuria*, la *pereza* y la *voracidad*, figuradas bajo la forma humana con las cabezas simbólicas del *mico*, la *tortuga* y el *cocodrilo*.

Las tumbas reales verdaderamente acabadas y completas son en muy pequeño número. No se han encontrado más que cuatro ó cinco. Todas las demás son incompletas. Unas terminan en la primera sala, convertida en gran sala sepulcral; otras van hasta una segunda sala, en las tumbas completas; algunas tambien terminan bruscamente por un pequeño reducto ahuecado con precipitacion, groseramente pintado, y en el cual se ha depositado el sarcófago del rey apenas informe. Esto, así como las inscripciones en que el Señor del cielo concede al príncipe una larga serie de dias para reinar sobre el mundo, todo prueba incontestablemente que los reyes mandaban construir su tumba al subir al trono; y si la muerte venia á sorprenderles antes que estuviera terminada, cesaban los trabajos, y la tumba permanecía incompleta. Estas observaciones nos permiten concluir, que entre este gran número de cuadros, cuyos colores están todavia hoy tan vivos y tan frescos, hay muchos que se remontan al tiempo de Moisés, y más allá.

En esta necrópolis es donde se encuentra la tumba de Rhamsés el Grande, ó Sesostris. Pero sea por devastacion de manos bárbaras, sea por estragos de torrentes accidentales, está cegada casi hasta el cielo raso. Sólo haciendo

escavar un estrecho corredor en medio del brillo de las piedras que llenan esta interesante catacumba, es como el sábio observador ha podido llegar arrastrando hasta la primera sala. Este monumento, segun lo que puede verse, fué ejecutado sobre un plan muy vasto y adornado de esculturas del mejor estilo. Escavaciones acometidas en mayor escala producirian sin duda el descubrimiento del sarcófago de este ilustre conquistador. Muy cerca de ella hay otra tumba muy bella, pero no concluida, donde reposa su hijo (1).

El que ha llegado á la tumba de Sesostris, ha llegado á sus palacios. Largo tiempo se ha ignorado cuáles fuesen; están igualmente aislados, pero lo que queda basta para causar admiracion y hacer juzgar cuál seria el imponente conjunto. El más famoso, si no es el mismo monumento que describe Diodoro, segun Hecates, bajo el nombre de monumento ó tumba de Osymandias, en Tebas, es por lo ménos muy parecido. Los mismos pórticos, patios, peristilos, salas, columnatas, paseos, la misma biblioteca, los mismos asuntos de escultura y de pintura, combates, ciudades sitiadas ó tomadas, cautivos á quienes se les ha cortado las manos se descubre en una y otra parte; aquí, Rhamsés el Grande distinguiéndose en la refriega; allí, recibiendo á los jefes vencidos de Sheito ó escito-bactrianos, mientras que sus hijos, cada uno á la cabeza de un cuerpo de ejército, acaban de coronar la victoria; más lejos, los pueblos arrebatados se someten á sus leyes. Todo se halla entremezclado de escenas religiosas. Luego el rey es el que consagra este monumento al Dios supremo. Así se lee, en una de las salas más magníficas, la dedicatoria siguiente en muy bellos jeroglíficos: «El Haroëris poderoso, amigo de la verdad, señor de la region superior y de la region inferior, defensor del Egipto, el Horus resplandeciente, poseedor de las palmas y el más grande de los vencedores, el rey señor del mundo, hijo del sol, señor de las diademas, muy amado de Ammon, RHAMSÉS, ha hecho ejecutar estas cons-

(1) Carta décimatercera de M. Champollion el Joven, durante su viaje á Egipto.